

CAMILLA LÄCKBERG
Y HENRIK FEXEUS

LA SECTA

Traducción de Claudia Conde

PRIMERA SEMANA

Fredrik comprueba como por centésima vez que la bolsa de plástico no deja ver su contenido. No quiere revelar la sorpresa antes de tiempo. El sol del verano le abrasa la cara. Deben de estar por lo menos a veintinueve grados en la calle. Pese al calor decide ir andando desde la oficina en Skanstull hasta la escuela infantil de Ossian, cerca de Zinkensdamm. Es miércoles, pero ha salido del trabajo un poco antes de lo habitual. Nadie mantiene horarios fijos con ese calor. De hecho, la mayoría de sus colegas ya deben de estar sentados en alguna terraza, a la sombra, con una cerveza fría en la mano.

Aunque puede cubrir la distancia en unos veinte minutos, no habría sido mala idea llevar agua para el camino. Se ha quitado la americana y se ha remangado la camisa, que ya se le empieza a pegar en la espalda por el sudor. No importa. Hoy todo es exactamente como debe ser.

Vuelve a mirar la bolsa. La caja de Lego Technic es tan grande que casi sobresale hasta llegar a las asas. Es un set para construir un McLaren Senna GTR. La afición de Ossian por los coches es un misterio, sobre todo teniendo en cuenta que tanto Fredrik como Josefin cultivan una indiferencia casi militante hacia el mundo del motor. Pero el entusiasmo por la construcción con piezas de Lego es compartido por padre e hijo.

Según indica la caja, es un set para mayores de diez años y Ossian solo tiene cinco, pero Fredrik está convencido de que su hijo podrá montarlo sin problemas. Es muy listo. «Más que su papá»,

piensa Fredrik sin poder contener la risa bajo el sol abrasador. Así es. El genio de su padre le acaba de comprar un regalo que lo mantendrá ocupado durante horas dentro de casa, en uno de los días más esplendorosos del verano. Bueno, qué se le va a hacer. Seguramente mañana también hará buen tiempo.

Además, Ossian ya ha pasado el día entero al aire libre. Lo necesita. No aguanta estar encerrado en casa, a menos que esté jugando con sus piezas de Lego. Se sube por las paredes. Josefin comenta a veces que quizá sería conveniente que lo viera un especialista. Tal vez más adelante. De momento el nivel de actividad de Ossian es positivo, sobre todo en comparación con muchos de los niños de su clase, que con cinco años se lanzan sobre los iPhones de sus padres a la salida del colegio. Es muy triste.

A pocos metros de la escuela infantil de Backen, Fredrik consulta el reloj. Pese al calor, ha caminado tan rápido que ha llegado demasiado pronto. Es probable que los niños no hayan regresado todavía del parque de Skinnarvik.

—*Ey, sexy lady...* —canturrea Fredrik mientras sube la cuesta hasta la escuela.

Últimamente *Gangnam Style* es la canción favorita de Ossian. «¡Qué le vamos a hacer!», piensa Fredrik sonriendo. Incluso ha ensayado la coreografía con su hijo.

En lo alto de la cuesta hay un parque grande con juegos infantiles y una zona arbolada, que para Ossian es todo un bosque. Le encanta jugar en la espesura.

—*Oppa Gangnam Style...* —canta Fredrik, y los niños, que apenas le llegan a las rodillas, levantan la vista desconcertados antes de volver a sus juegos.

Visten chalecos amarillos con logos de diferentes colegios. Varias escuelas infantiles llevan a los niños a jugar a ese parque. Gritos y risas saturan el aire. Será mejor dejar la caja de Lego para otra ocasión. La tarde parece hecha expresamente para jugar al escondite entre los árboles. Fredrik no tiene prisa por regresar a casa, ya que Josefin ha prometido preparar la cena.

Mira a su alrededor y ve a Tom, uno de los educadores de la escuela infantil de Backen.

—¡Hola! —saluda sonriendo al maestro, muy ocupado sonándole los mocos a uno de sus chiquillos.

—*Opp, opp, opp, opp* —responde Tom alegremente entonando la conocida melodía—. Adivina quién ha elegido hoy la música para el paseo.

—Te lo advertí. Antes de que acabe la semana tendréis a los treinta niños bailando el *Gangnam Style*. Por cierto, ¿sabes por dónde anda el genio de la danza? No lo veo...

Tom termina de limpiarle la nariz a su alumno y se queda pensando unos segundos.

—Mira a ver en los columpios —sugiere—. Le gusta quedarse por allí.

Claro que sí. Cuando Ossian rebaja un poco el nivel de actividad le encanta columpiarse. O, mejor dicho, sentarse en un columpio. Es su refugio, el sitio perfecto para reflexionar sobre cosas trascendentes sin que nadie lo moleste.

Fredrik echa a andar hacia los columpios. Algunos están ocupados, pero no por Ossian. Caminando en su misma dirección va Felicia, una de las niñas del grupo de los mayores, y aprieta el paso para alcanzarla.

—Hola, Felicia. ¿Has visto a Ossian?

—Antes sí. Ahora no.

Fredrik frunce el ceño. Una leve sensación de que algo no cuadra comienza a abrirse paso en su mente. Sabe que es una reacción irracional, característica del radar sobreprotector que suelen tener padres y madres. Es una alarma interior que se dispara a la menor señal de peligro, sin pruebas objetivas de que exista un riesgo real. Puede que haya sido una buena estrategia de supervivencia en la sabana ancestral, pero en el mundo actual está totalmente injustificada. Fredrik lo sabe de manera racional, pero eso no le sirve de nada. La sensación le produce una incómoda molestia en el cuello, un aliento frío en la nuca. La caja enorme de Lego, que hasta hace un momento lo llenaba de

entusiasmo, ahora es una molestia que le impide regresar tan rápido como querría al lugar donde está Tom.

—Tampoco está en los columpios —le dice cuando llega.

—¡Qué raro! —Tom consulta una lista con los nombres de los niños—. Debería estar... Ah, no, ¡espera! Jenya ha vuelto ya a la escuela con el grupo de los pequeños. Ossian debe de haberla acompañado para ir al lavabo y después se habrá quedado. Lo siento. Jenya tendría que haberme dicho que se lo llevaba. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

Sí, Fredrik lo sabe. La sensación de peligro desaparece y ya puede respirar aliviado. Tanto Tom como Jenya son buenos profesionales, pero los niños tienen voluntad propia y una habilidad increíble para estar donde no deben. Se compadece un poco de Tom porque nota que está muy avergonzado. Pero con los niños pequeños uno no puede bajar nunca la guardia. Cualquier otro padre le habría montado un escándalo por mucho menos.

—Claro —responde—. Que pases un buen fin de semana, Tom. Hasta el lunes. *Oppa, oppa...*

Fredrik baja la cuesta a paso rápido, de regreso a la escuela. La puerta está abierta. Entra en el vestíbulo, donde se alinean los colgadores con los nombres de los niños y las cajas con ropa extra. El colgador de Ossian está vacío, pero eso no quiere decir nada. Si ha vuelto al colegio para ir al lavabo, lo más probable es que su cazadora se haya quedado tirada en el suelo del baño. Fredrik se arrepiente de habérsela puesto en un día tan caluroso. El pobre niño debe de haber pasado mucho calor.

Fredrik no se molesta en quitarse los zapatos para internarse por las instalaciones.

—¿Ossian? —lo llama golpeando la puerta del primero de los dos lavabos—. ¿Estás ahí?

Por el pasillo se acerca Jenya. A sus espaldas se adivina una algarabía de niños de dos años que intentan pintarse las caras unos a otros con pintura de dedos entre gritos de risa y horror a partes iguales.

—Hola, Fredrik —saluda—. ¿Os habéis dejado algo? Ossian está en el parque con Tom.

La sensación de alarma regresa y lo embiste con una fuerza que está a punto de derribarlo. Ya no es un aliento frío en la nuca, sino un puñetazo directo al estómago.

—No está en el parque —responde—. Vengo de allí. Tom me ha dicho que debía de estar contigo.

—No, aquí no está. ¿Has mirado en los columpios?

—Claro que he mirado. Y tampoco estaba. Mierda.

Gira sobre los talones y vuelve a salir a toda prisa. Ya ha pasado alguna vez que un niño se ha escapado de la escuela. Felicia, por ejemplo. Consiguió hacer todo el trayecto hasta su casa antes de que los maestros se dieran cuenta de que se había ido. Sus padres deben de padecer dolor de estómago desde entonces. Fredrik se pregunta si será posible habituarse alguna vez a esa sensación. Es espantosa.

Sube la cuesta corriendo. La jodida caja de Lego le va golpeando las piernas. Hay niños por todas partes. Busca desesperadamente a su hijo entre ellos, mientras intenta calmarse. No va a ganar nada con un ataque de pánico. Pero ninguno de esos niños es Ossian.

Ninguno es su hijo.

Tom pone cara de asombro cuando ve que Fredrik ha vuelto, y parece comprender de inmediato la situación.

—Tiene que estar aquí —dice Fredrik mientras suelta la bolsa para moverse con más agilidad por el parque.

Tom pregunta al grupo de niños más cercano si alguien ha visto a Ossian. ¿No estará escondido en las casitas de madera? Fredrik corre hacia esa parte del parque, aunque de lejos ya ve que las casitas están vacías. ¿Dónde más puede haberse metido? ¿Entre los árboles? ¿Solo? Si ha sido así, alguien tiene que haberlo visto.

Felicia.

Ha dicho que lo había visto antes.

Fredrik corre otra vez en dirección a Tom y el resto de los

niños. La tensión le oprime la garganta y el sudor le baja por la frente y la espalda. Felicia está con los demás, construyendo una torre de arena con un cubo. Como si no hubiera pasado nada fuera de lo corriente. Como si el mundo no estuviera a punto de derrumbarse.

—Felicia —le dice Fredrik esforzándose por no parecer tan fuera de sí como sabe que está—. Has dicho que antes habías visto a Ossian. ¿Dónde?

—Cuando estaba hablando con esa señora tonta —responde la niña, sin levantar la vista de la arena.

—Esa señora tonta... —repite Fredrik, sintiendo que las mucosas de la garganta se le convierten en papel de lija—. ¿Cómo era esa señora? ¿Era muy mayor?

Felicia niega decididamente con la cabeza, al tiempo que nivela la torre de arena con una pala.

—No, no mucho —responde—. Como mi mamá. Mi mamá tiene treinta y cinco años. Lo sé porque hace poco fue su cumpleaños.

Fredrik traga saliva. Alguien ha estado en el parque y ha hablado con su hijo, alguien que no era una maestra ni una madre. Una desconocida. Se agacha al lado de Felicia, reprimiendo el impulso de sacudirla para extraerle toda la información.

—¿Sabes quién era? —le pregunta, haciendo un gran esfuerzo para no gritar—. ¿Y por qué dices que era tonta?

Felicia levanta la vista desde su torre de arena, con lágrimas en los ojos. Fredrik tiene que dar un paso atrás para no perder el equilibrio. Lo ve en la mirada de la niña. Sabe enseguida lo que ha pasado. Lo que nunca debe pasar. Lo que no puede pasar.

—A mí me daban igual sus cochecitos de juguete —dice Felicia—. A Ossian le gustaban. A mí no. Pero yo también quería ir a acariciar a los cachorritos. Nos ha dicho que los tenía en el coche, pero no me ha dejado ir con ellos a verlos. Ha dicho que solo podía llevar a Ossian. Y se han marchado los dos.

Un agujero negro se abre en el pecho de Fredrik, que se precipita sin remedio en el abismo.

Mina se detuvo delante de la entrada y examinó el local. No había mucha gente en el gimnasio por la tarde. Mejor así. Además, los pocos que quedaban eran mayores. Los adolescentes, las chicas del *crossfit* y los tipos musculosos ya se habían ido. A las tres de la tarde de un día laborable los usuarios más maduros son los reyes del gimnasio, por lo menos durante una hora. Mina se alegraba, porque sabía que esos usuarios limpian con más cuidado los restos de sudor de los aparatos, tanto al llegar como al marcharse. Aun así no se fiaba. En el bolsillo de la sudadera llevaba siempre guantes desechables, dos aerosoles pequeños de desinfectante, bayetas de microfibra y una bolsa reutilizable para guardarlas después de haberlas usado.

Su programa de entrenamiento para el día indicaba ejercicios de piernas y torso. Tras ponerse los guantes se dirigió a una de las máquinas para las piernas y comenzó a rociar concienzudamente los diferentes elementos con un aerosol. Había visto que algunas personas aplicaban el desinfectante solo en las asas o, peor aún, en el sillín, como si la suciedad y las bacterias de los otros usuarios no fueran a extenderse por el resto del aparato. No podía entender que la gente pudiera ser tan descuidada.

Dobló la bayeta, la introdujo en la bolsa reutilizable y sacó una nueva. Entrar en el gimnasio era internarse en un potencial foco de infección. Por eso le resultaba imposible acudir al de la jefatura. Allí conocía a los usuarios y sabía que eran unos cochinos. En este al menos la mierda era anónima.

Le habría gustado entrenar con la mascarilla puesta, teniendo en cuenta los gérmenes que flotarían en el aire del interior del gimnasio. Había oído decir que a los levantadores de pesas a menudo se les escapaba alguna ventosidad, y desde entonces le resultaba difícil respirar pensando en las bacterias fecales que debían de circular por el sistema de ventilación. Pero con la mascarilla puesta llamaría todavía más la atención y no tenía ninguna necesidad de hacerse notar. Por otro lado, quizá podría conseguir una máscara de entrenamiento, de las que se usan para ejercitar la musculatura respiratoria.

—¿Vas a usar la máquina o solo la vas a limpiar? Si has terminado ya, déjamela a mí.

Sobresaltada, Mina levantó la vista del respaldo que estaba desinfectando. Un hombre de unos setenta años, de pelo blanco y gafas de cristales redondos, la miraba con expresión interrogativa. Vestía una camiseta roja, pero no una prenda transpirable especialmente diseñada para el entrenamiento, sino una camiseta de algodón normal y corriente, con una gran mancha oscura de sudor en el pecho. Mina se incorporó.

—¿Sabía usted que es muy antihigiénico hacer ejercicio con ese tipo de prendas de algodón? —dijo—. Se empapan de sudor, que después se queda en los aparatos. No debería estar permitido entrenar con esa ropa.

El hombre la fulminó con la mirada y enseguida negó con la cabeza y se marchó. Era evidente que no la consideraba digna de su atención, pero a ella no le importaba. Dio unas pasadas más con la bayeta y a continuación la guardó junto con los guantes en la bolsa reutilizable. Se sentó en el aparato y ajustó las pesas. El hombre de la camiseta roja estaba en el banco de musculación, de espaldas a ella. Como era previsible, también tenía por detrás una gran mancha de sudor. Mina arrugó la nariz. Si era preciso elegir entre caerle bien a la gente o estar sana, tenía clara su decisión. Los demás se podían guardar tanto su simpatía como sus bacterias.

Estaba acostumbrada a que todos la consideraran un bicho

raro. No necesitaba a nadie en su vida. Toda la historia de conectar con las otras personas era un mito tan grande como el de las almas gemelas, el amor verdadero y todos esos conceptos irreales que vendía Hollywood, con el resultado de que la gente normal acababa deprimida y angustiada. Incluso había estudios que así lo confirmaban. Había leído que la gente valoraba peor su relación sentimental y a su pareja después de ver una comedia romántica, ya que ninguna relación podía resistir la comparación con el ideal del supuesto amor eterno.

Hacía tiempo que Mina no experimentaba ninguna conexión verdadera con nadie. Antes tampoco la había sentido, a decir verdad, a excepción del breve periodo junto a su hija. El hombre con el que había convivido en otro tiempo no despertaba en ella ningún sentimiento positivo. No, no había vivido nunca ninguna unión verdadera con nadie.

Salvo...

Con él.

El mentalista.

Pero había pasado mucho tiempo.

En Facebook había visto publicidad del nuevo espectáculo de Vincent y por un momento se había planteado comprar entradas. Pero descartó la idea. No sabía cuál sería su reacción al verlo en el escenario. ¿Y si él no la reconocía entre el público?

¿Y si la reconocía?

Frunció el ceño. Era mejor mantener la distancia. Por seguridad. Vincent ni siquiera había vuelto a llamarla. Y ella entendía por qué. Para empezar, tenía una familia. No le habría extrañado que su mujer desconfiara, preguntándose qué había pasado entre ellos casi dos años atrás. Vincent le había dicho que Maria ya era de por sí muy celosa. Y los sucesos de la isla debían de haber agravado aún más su desconfianza. Mina y Vincent habían estado al borde de la muerte juntos. Era probable que su mujer la odiara desde entonces. La culpa no había sido suya, pero, después de todo, ella era policía.

Además, Vincent y ella habían compartido algo que no se

podía explicar. La experiencia vivida en la isla los había unido todavía más.

Pero justo ese vínculo había sido un obstáculo para mantener el contacto. Se habían acercado demasiado, física y emocionalmente. Más de lo que ella podía soportar. Era mejor respetar la distancia. Cuando Mina estaba sola, dentro de su castillo amurallado, se sentía segura. Era probable que Vincent sintiera lo mismo.

Pero aun así...

—Debéis recordar —dijo Vincent— que lo que veréis ahora no es real. Es solo la demostración de que es posible aparentar habilidades sobrenaturales sin poseerlas. Porque yo no las tengo, creedme.

Arqueó levemente una ceja, como para dejar espacio a la duda, y la mitad del público estalló en carcajadas. Pero era una risa incómoda, insegura. Justo lo que Vincent buscaba.

El auditorio Crusellhallen de Linköping estaba al completo pese a ser un día entre semana. Mil doscientos espectadores de la ciudad y de las localidades vecinas habían acudido un miércoles por la noche a ver al maestro mentalista. En realidad, era un público demasiado numeroso para su gusto, pero su participación en la investigación de unos asesinatos, dos años atrás, había multiplicado su notoriedad. De no haber sido ya un personaje conocido anteriormente, se habría hecho famoso a raíz de aquellos sucesos. Sin embargo, el famoso no era él. Nadie conocía al verdadero Vincent, por supuesto. Pero los medios adoraban al maestro mentalista. Y el público también. La venta de entradas se había duplicado cuando se supo que había estado a punto de morir ahogado en un tanque de agua.

Por fortuna, Umberto había conseguido mantener en secreto los detalles más íntimos de su implicación en el caso, porque, de no haber sido así, su carrera habría terminado de forma abrupta. Su imagen ante la sociedad habría cambiado de forma radical de haber trascendido que era el causante indirecto del asesinato de tres

personas. Vincent era inocente, por supuesto. Al menos en lo referente a los asesinatos. Pero la inocencia es siempre relativa para la prensa. Por eso tanto él como su agente habían hecho todo lo posible para ocultar los motivos y la verdadera identidad de Jane, algo que la desaparición de Kenneth y de la propia Jane les había facilitado en gran medida.

Durante un breve periodo el diario sensacionalista *Expressen* había intentado desenterrar la historia de la madre de Vincent, pero Umberto había caído sobre ellos como un halcón. Los amenazó con no volver a enviarles comunicados de prensa y con no concederles nunca más entrevistas exclusivas con ninguno de los artistas a los que representaba. ¿Realmente estaba Umberto dispuesto a sacrificar el contacto con una parte importante de la prensa sueca del espectáculo? Lo más probable era que no. Pero Vincent suponía que el temperamento italiano de su agente había contribuido a volver más creíble su amenaza.

Aun así el detalle de que los criminales habían escrito su nombre en código, utilizando para ello las fechas de los asesinatos, se había filtrado a la prensa, que lo había difundido. Era una historia demasiado jugosa para que no cobrara vida propia.

A partir de entonces multitud de desconocidos habían empezado a enviarle sus propios enigmas, adivinanzas y acertijos, sin preocuparse de lo doloroso que pudiera ser para él recordar la experiencia vivida. Pero si fuera fácil entender a la gente, Vincent no necesitaría ser mentalista.

—Lo que voy a hacer ahora os parecerá quizá propio del espiritismo decimonónico —prosiguió—. Pero en la actualidad se siguen empleando los mismos métodos para fundar religiones. O, para el caso, sectas.

El decorado imitaba un salón de finales del siglo XIX y Vincent iba vestido de manera acorde con la escenografía. Había dos sillones de cuero enfrentados en diagonal y en uno de ellos había un hombre sentado, bastante nervioso.

Poco antes Vincent había preguntado si alguien entre el público tenía formación médica o sabía al menos tomar el pulso,

y ese hombre había levantado la mano. Estaba muy tranquilo cuando Vincent lo invitó a subir al escenario. De hecho, incluso se rio. Pero cuando el mentalista le hizo firmar un documento que lo eximía de toda responsabilidad jurídica o médica sobre lo que pudiera pasar y hacía recaer sobre el propio Vincent las posibles consecuencias, el voluntario se había puesto visiblemente nervioso. Y no solo él, sino todo el público. Vincent estaba encantado. La firma del documento era una forma sencilla de crear un ambiente de dramática expectación. Sin embargo, cada vez que se lo hacía firmar a alguien recordaba que el número podía salir mal.

—Bueno, Adrian —dijo sentándose en el sillón vacío, orientado oblicuamente hacia el hombre—. Vamos a intentar ponernos en contacto con el más allá. Con los muertos. ¿Tienes algún familiar fallecido con el que te gustaría comunicarte? Percibo en ti que echas de menos a alguien... Pero no es tu abuela, porque siento que todavía vive... ¿Podría ser tu abuelo? ¿Lo echas de menos?

El hombre soltó una risita nerviosa y se retorció un poco.

—Sí, la abuela Elsa vive —contestó—. Pero Arvid, mi abuelo materno, murió hace diez años.

Era un truco fácil, al alcance de cualquier médium. Se trataba de una simple deducción. El hombre no parecía mayor de treinta años, lo que significaba que sus padres debían de tener entre cincuenta y sesenta años. Y sus abuelos, por lo tanto, entre ochenta y noventa. Como las mujeres viven más que los hombres, la estadística indicaba que su abuela tenía más probabilidades de estar viva que su abuelo. En cualquier otro contexto Vincent se habría avergonzado del farol, sobre todo al notar lo mucho que habían afectado sus palabras al hombre que tenía delante. Pero en ese número intentaba demostrar los mecanismos que utilizan los estafadores para engañar a la gente, ganarse su confianza y en último término quedarse con su dinero, de modo que todo estaba permitido.

—Muy bien. Pues trataremos de encontrar al abuelo Arvid

—anunció Vincent. Después dirigió la mirada al público—. Una vez más debéis recordar que nada de esto es real. —Se volvió hacia Adrian con expresión seria—. Voy a tratar de establecer una comunicación con el otro lado —explicó—. Pero, para conseguirlo, primero tengo que... cruzar la frontera.

Cogió un cinturón y lo levantó para que todos lo vieran. Se lo pasó por el cuello e introdujo un extremo por la hebilla, para formar un lazo. Después le tendió el brazo izquierdo al voluntario, que estaba cada vez más pálido.

—Tómame el pulso —le dijo—. Y golpea el suelo con el pie al ritmo de mis pulsaciones, para que todos lo puedan oír.

El hombre lo cogió por la muñeca y buscó con el pulgar y el índice hasta encontrar el pulso. Cuando lo hubo conseguido empezó a golpear con el pie en el suelo, marcando el ritmo de las pulsaciones de Vincent. El mentalista lo miró a los ojos.

—Nos vemos a mi regreso —se despidió—. O al menos eso espero. No dejes de marcar el ritmo con el pie.

Se ciñó el cinturón alrededor del cuello e hizo una mueca. En esa parte del número no tenía que fingir, porque el dolor era auténtico. Siguió apretando el cinturón mientras Adrian marcaba el ritmo con el pie. Al cabo de unos segundos los golpes comenzaron a espaciarse.

Vincent cerró los ojos y dejó caer la cabeza, pero no paró de apretarse el cuello. Adrian dio unos pocos golpes más en el suelo, de manera irregular e insegura, y al final se detuvo. Un murmullo de estupefacción y nerviosismo se difundió entre el público. Adrian seguía con los dedos apoyados sobre la muñeca de Vincent, pero ya no movía el pie. Era evidente lo que eso significaba. El mentalista ya no tenía pulso. Se había estrangulado.

Vincent esperó a oír el ruido de los espectadores moviéndose intranquilos en sus butacas. Era la señal de que empezaban a estar asustados. Entonces levantó lentamente la cabeza y aflojó la presión del cinturón. Se volvió hacia Adrian y lo miró con ojos turbios.

—Adrian —murmuró.

El voluntario se sobresaltó.

—Hay un espíritu en esta sala que dice llamarse Arvid —prosiguió Vincent con voz ronca—. Vamos a asegurarnos de que de verdad es tu abuelo. Pregúntale algo que solo tú y él sepáis, algo que haya sucedido cuando eras pequeño... ¡Espera! Arvid me está diciendo... que te enseñó a montar en bicicleta. ¿Tal vez algo relacionado con eso?

Adrian asintió, visiblemente asombrado.

—Pregúntale dónde me hice daño —dijo.

Vincent guardó silencio unos segundos, como si estuviera escuchando una voz que solo él pudiera oír.

—En una rodilla —declaró al final—. Os pusisteis de acuerdo en no decirle nada a tu madre. Todavía tienes la cicatriz.

Adrian le soltó el brazo a Vincent con expresión atónita. Lo cierto es que la mayoría de las personas recuerdan haberse hecho daño en una rodilla en algún momento de la infancia. El resto era una simple suposición. Pero los recuerdos son maleables. Aunque no hubiera pasado exactamente lo que acababa de decir Vincent, ahora Adrian lo tendría en su mente y en su memoria.

—Arvid tiene un mensaje para ti —prosiguió el mentalista—. Dice... que perseveres y que no dejes de creer en ti mismo. Dice que lo lograrás. Te llevará más tiempo de lo que pensabas, pero no debes darte por vencido. ¿Sabes a qué se refiere?

Adrian asintió con gesto grave.

—A mi empresa —respondió—. Fue lo último que hablamos antes de su muerte. Todavía no he conseguido que el proyecto despegue.

—Dice que se arrepiente de lo sucedido. ¿Qué quiere decir?

—Estábamos un poco distanciados en los últimos tiempos —dijo Adrian cabizbajo—. Habíamos discutido.

—Sí, debe de ser eso. Ahora se arrepiente. También dice que te quiere mucho.

Una lágrima corrió por la mejilla de Adrian. El número del más allá era uno de los momentos culminantes de la función,

pero Vincent sufría por lo mucho que afectaba a los voluntarios. En realidad, consistía tan solo en aprovechar el llamado «efecto Forer», también conocido como «efecto Barnum», por el cual unas afirmaciones sumamente genéricas y abiertas a cualquier interpretación son consideradas por la mayoría de las personas como referidas a su caso particular. El truco clásico de los espiritistas consistía en inducir al cliente a interpretar por sí mismo los «mensajes del más allá», porque de ese modo nunca se equivocaban. Si algo no cuadraba, culpaban al cliente por no haber desentrañado de forma correcta el significado del mensaje.

—La comunicación empieza a ser débil —anunció Vincent fingiendo que se esforzaba por mantenerla—. ¿Quieres decirle algo a tu abuelo, antes de que pierda el contacto?

—Solo... agradecerle —susurró el voluntario—. Darle las gracias.

Vincent estiró un brazo y dejó caer otra vez la cabeza, aparentemente inconsciente. En la sala reinaba un silencio absoluto. Con gesto dubitativo, Adrian volvió a buscar el pulso del mentalista. Al cabo de unos segundos empezó a golpear una vez más con el pie en el suelo, primero despacio y de manera irregular. Pero enseguida los golpes se hicieron más rítmicos y rápidos, hasta que Vincent recuperó el pulso normal.

El mentalista abrió los ojos, cogió a Adrian de la mano y lo miró con una sonrisa. El número del más allá nunca suscitaba grandes ovaciones. El público estaba demasiado aturdido para reaccionar y se preguntaba aún si sería cierto lo que había visto. Pero Vincent sabía que todos los espectadores hablarían durante meses de la experiencia que acababan de vivir.

—Debéis recordar... —dijo al público. Eran las mismas palabras utilizadas al comienzo del número, pero ahora las repetía en un tono mucho más suave—, que yo no puedo comunicarme con los espíritus. De hecho, pienso que nadie es capaz de hacerlo, porque no creo en la existencia de espíritus. Sin embargo, puedo aparentar que lo hago, tal como hacen videntes y espiritistas, de

una manera que a veces resulta muy convincente. Algunas personas emplean las mismas técnicas psicológicas y verbales utilizadas hace un siglo y medio para hacernos creer que pueden ponerse en contacto con nuestros seres queridos ya fallecidos a cambio de unos honorarios. Como siempre, cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad, suele ser un engaño. Gracias por acompañarme esta noche.

Abandonó el escenario antes de que empezaran los aplausos. Quería dejar al público inmerso en un mar de dudas.

Le dolía el cuello. Se había hecho daño con el maldito cinturón. En la siguiente función tendría más cuidado. Además, esta vez se había quedado sin pulso demasiado tiempo. La comunicación con los fantasmas era falsa, pero la parada del pulso era real, aunque el cinturón en el cuello no tenía nada que ver y el método afectaba únicamente a la muñeca y no al resto del cuerpo. La existencia de técnicas para parar el pulso en diferentes partes del cuerpo era uno de los secretos mejor guardados de los mentalistas, y Vincent jamás se lo habría revelado a nadie. Pero no importaba que fuera solo el brazo. Después de treinta segundos el riesgo comenzaba a ser elevado. Por lo general le soltaban el brazo en cuanto se le paraba el pulso, pero Adrian no lo había soltado y Vincent se había visto obligado a continuar. Estaba deseando que acabara de una vez la gira. No era bueno bloquear tan a menudo la circulación de la sangre.

Bajó a la sala del subsuelo y vio tres botellas de agua mineral sobre la mesa. Apretó los dientes. Ver tres botellas era como oír una nota disonante. Abrió rápidamente el frigorífico y sacó una más para que fueran cuatro. Solo entonces pudo relajar las mandíbulas. Después llenó un vaso con agua del grifo, se sentó en el sofá y exhaló un suspiro.

Los espectadores continuaban aplaudiendo. Dejó que lo hicieran un rato más. Habría sido demasiado fácil regresar, sonreírles y convertir su experiencia en algo inocuo. Pero él quería que siguieran desconcertados.

Descansaría unos minutos y a continuación se cambiaría de

ropa. Llevaba un tiempo intentando no tumbarse en el suelo después de cada función. A veces lo conseguía, pero por lo general no era capaz. Buscó el teléfono. Había visto entre el público a su amigo Sains Bergander, el fabricante de material de ilusionismo que lo había ayudado en la investigación acerca de Tuva y los otros asesinatos, y quería saber qué le había parecido el nuevo espectáculo. Tal como esperaba, Sains le había escrito un mensaje. Por la hora indicada se lo había enviado en el preciso instante en que Vincent había abandonado el escenario. Pero el mensaje de Sains podía esperar. Cabía la posibilidad de que alguien más le hubiera escrito.

Otra persona.

Vincent repasó la lista de los mensajes recibidos. Había varios sin leer, por supuesto, pero ninguno de ellos era el que buscaba: un mensaje de la persona que había cambiado su vida durante el breve periodo en que formó parte de ella, de la mujer con quien había podido sincerarse y revelar su yo más íntimo, antes de que desapareciera de su mundo tan abruptamente como había llegado.

Era octubre cuando la había visto por última vez. Después llegó el invierno, vino la primavera, el verano, otro otoño... y ahora volvía a ser verano. Hacía más de un año y medio que no hablaba con ella. Pronto habrían pasado dos años. No había intentado retomar el contacto, pese a lo mucho que deseaba hacerlo. Había iniciado una terapia de pareja con Maria y no quería alimentar innecesariamente sus celos.

Al cabo de un tiempo dejaron la terapia, porque no les había dado el resultado esperado, pero para entonces ya habían transcurrido muchos meses. No quería aparecer de repente sin más, después de un largo silencio. Sabía lo mucho que ella valoraba su privacidad y él la respetaba, aunque habría dado cualquier cosa por pasar tiempo juntos.

Obviamente no había ninguna razón para que ella buscara comunicarse con él. Le había expresado con claridad que se las arreglaba muy bien sola. Además, Vincent no podía saber qué

había sucedido en su vida desde la última vez que la había visto. Puede que se hubiera casado, que tuviera una familia o que se hubiera ido a vivir al extranjero.

Pero no podía evitarlo. La había conocido después de una función y no dejaba de buscarla con la mirada cada vez que abandonaba el escenario. Aun así la lista de mensajes de su teléfono era inequívoca.

Tampoco en esta ocasión Mina había intentado comunicarse con él.